



Intervención del Presidente del Gobierno, don Mariano Rajoy, en la entrega del Premio Europeo Carlos V a José Manuel Durao Barroso

Alteza Real,

Excelentísimo señor presidente de la Comisión Europea,

Excelentísimo señor primer ministro de Portugal,

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades,

Señoras y señores,

La entrega del Premio Europeo Carlos V de la Academia Europea de Yuste a José Manuel Durao Barroso, presidente de la Comisión Europea, constituye un acto de europeidad y, al mismo tiempo, una invitación a la reflexión sobre Europa y su construcción, en la que el galardonado ha jugado un papel de primer orden durante la última década.

Como señalara la propia Academia en 2012 en su Declaración “Europa: una cultura para la solidaridad”, nuestra Europa es más una idea que una realidad geográfica o económica y por ello requiere de acción, de compromiso para su realización en la historia, mas también de reflexión, de recogimiento, de maduración para su alumbramiento. Visión y ambición son los vectores de toda acción humana para la realización de una idea, y no hay mejor lugar para reflexionar que este Monasterio de Yuste a donde Carlos V, un hombre que ha hecho la Historia, decide retirarse precisamente para reflexionar sobre la historia que ha hecho. Nos decía Kant que el hombre es el único ser que se trasciende a sí mismo: Yuste se convierte, así, en lugar de retiro, de reflexión para la construcción y de preparación para lo trascendente.

Carlos V fue un europeo: por de dónde venía, en su propia historia personal y familiar, y, sobre todo, por a dónde quiso ir. Pretendió la universalidad para afrontar un tiempo de mudanza. Heredó vastísimos territorios, en cuyos dominios no se ponía el sol. Podía haber hecho de ese mundo su mundo, prolongando el carácter diferencial del mundo hispánico como mundo de frontera; pero no se limitó a ello. Sí Vasco Graça Moura ha podido afirmar de Camoens que “la clave de su universalidad estriba en haber sabido ser un poeta europeo”, del mismo modo el Emperador supo ser un gobernante universal porque apostó por Europa. De tal

manera que no puede entenderse la Europa de hoy y el mundo de hoy sin la España de entonces y no puede entenderse la España de entonces sin la figura de Carlos V. No puede tampoco entenderse ni la España de hoy ni el Portugal de hoy sin Europa. Y me complace poder afirmarlo en presencia del primer ministro de Portugal, mi buen amigo, Pedro Passos Coelho, en un año en el que conmemoramos el centenario de la primera Gran Guerra que devastó a los pueblos de Europa, pero también en el décimo aniversario de la ampliación más ambiciosa de la Unión Europea, aquella que permitió, en la hermosa expresión de Geremek, “coser las dos Europas”. España y Portugal estuvieron ausentes en el momento fundacional de la construcción europea. A causa de ello, en la Península Ibérica, Europa no sólo ha sido una idea; también y, sobre todo, fue un sueño. Un sueño y una motivación, la encarnación del cambio que para nosotros queríamos, de la voluntad de participar con los otros europeos en un proyecto común del que la historia nos apeó durante un período de común aislamiento y que fue una injusticia que la posterior historia corrigió con creces.

Afirmaba María Zambrano que la juventud es la edad de la esperanza que busca su argumento. Europa fue el argumento de la esperanza con que españoles y portugueses quisimos salir de la noche de los tiempos y hacer la transición hacia la democracia. Europa fue el faro que guio nuestra navegación e iluminó nuestro camino, la luz con que quisimos ahuyentar a los demonios de la historia, la misma que inspiró nuestros pasos y nos condujo hacia el puerto al que queríamos llegar. Hace treinta años no queríamos construir una democracia y un estado cualquiera, sino un estado miembro de la Unión Europea. No queríamos una Europa que empezara en los Pirineos. No queríamos aquella “Jangada de pedra” imaginada por quien fuera miembro de esta Academia y Premio Nobel de Literatura, José Saramago, para meditar sobre nuestro ser diferencial.

Queríamos y queremos embarcarnos en el barco europeo, y participar en su navegación, darle rumbo y sentido y enfilarse a toda máquina hacia la fijación de las reglas de una gobernanza mundial basada en los principios de libertad, justicia, cohesión y solidaridad que son precisamente los principios sobre los que se asienta la Unión Europea.

Por eso en España resolvimos ordenar nuestra convivencia en una Constitución que elaboramos entre todos a través del consenso y que, por eso, recibió el nombre de Constitución de la Concordia; una Constitución en la que cabemos todos y que constituye la mejor garantía para avanzar y alcanzar la justicia, la prosperidad y el bienestar material de todos los españoles; una Constitución que tuvo el inmenso mérito de devolvernos a Europa.

Ese barco europeo, al que continuando la tradición de nuestros Magallanes y Elcano, nos subimos españoles y portugueses en 1986, necesita de personas para guiarlo. Durante los últimos diez años el piloto de esta nave europea ha sido José Manuel Durao Barroso, cuya trayectoria política simboliza de manera ejemplar el paso del navegar hacia Europa al navegar de Europa; de soñar en Europa a hacer Europa.

De primer ministro de Portugal a presidente de la Comisión, José Manuel Durao Barroso ha guiado con mano firme la nave europea durante una década; el mismo tiempo, por cierto, que un antecesor suyo, Jacques Delors, primer galardonado con el Premio Europeo Carlos V.

A la manera de aquel personaje de Pessoa que afirmaba, y me van a permitir la osadía de decirlo en portugués, “Tenho o dever de me fechar em casa no meu espirito e trabalhar quanto possa e em tudo quanto possa para o progresso da civilizacao e o alargamento da consciencia da humanidade” (Tengo el deber de encerrarme en la casa de mi espíritu y trabajar cuanto pueda y en todo cuanto pueda para el progreso de la civilización y el ensanchamiento de la conciencia de la humanidad), Jose Manuel Durao Barroso ha ensanchado los límites de Europa hasta sus actuales veintiocho miembros, ha visto nacer el Tratado de Lisboa, verdadero pacto refundador de la Europa reconciliada tras la caída del Muro, ha afrontado la mayor crisis económica financiera de las últimas décadas reforzando y ampliando la zona euro, ha proyectado el protagonismo de Europa en la fijación de las reglas de la nueva gobernanza mundial y ha apostado sin ambages, como hizo en su discurso del 12 de septiembre de 2012, por la unión política de Europa.

Con la concesión del Premio Europeo Carlos V a José Manuel Durao Barroso se reconoce el rol fundamental insustituible que desempeña la Comisión en el corazón del sistema institucional de la Unión Europea. Pero también simboliza el protagonismo de una generación de mujeres y hombres portugueses y españoles en la conducción y navegación de Europa, hombres y mujeres que personificaron la vuelta a Europa y el deseo de quedarse para siempre implicándose profundamente en la hermosa aventura común de trabajar por la convivencia y el bienestar de todos los habitantes de nuestro continente.

Alteza Real,

El último poema que escribió Antonio Machado antes de morir comenzaba con estas palabras: “Esos días azules y ese sol de mi infancia”. El último verso que escribió Fernando Pessoa decía así: “No sé lo que traerá el mañana”.



Sé que si perseveramos, desde la solidez de nuestras convicciones y la firmeza de nuestros principios junto con el resto de los europeos en ensanchar los caminos de la libertad, la justicia, la cohesión y la solidaridad, los europeos tendremos por delante un mañana colmado de días azules y soleados porque ni el mundo ni nosotros podemos prescindir del proyecto de integración europeo ni de los valores que encarna.

José Manuel Durao Barroso ha contribuido con su compromiso, su trabajo y su talento a hacer realidad un anhelo compartido por la mayoría de españoles y yo entre ellos. Me refiero al logro de hacer realidad la irreversibilidad del proyecto europeo. Ya no hay marcha atrás, lo único que queda es caminar hacia delante.

Muchas gracias.